

Situación de la Economía Argentina

Corresponsal.

Nuestro corresponsal en Buenos Aires nos remite un interesante estudio de la situación a que ha llegado en la actualidad la economía de la Argentina, debida a múltiples causas, unas de carácter económico y otras de carácter político. El lector comprenderá, después de leído, por qué no es fácil a ningún gobierno (tampoco al que se elegirá este mes de Junio) el enderezar las cosas en breve plazo.

Al terminar la segunda guerra mundial, Argentina se encontraba en una situación extraordinariamente favorable.

En el plano exterior, la corriente de sus excedentes agrícolas tradicionales —desesperadamente buscados por los Aliados— le había permitido acumular reservas de divisas que llegaban a los 1500 millones de dólares. Así sostenida, la moneda parecía tener asegurada la mayor estabilidad sobre la base de un tipo de cambio cercano a los 4 pesos por dólar.

En el plano interior, el bienestar de la tesorería permitía, por primera vez, contemplar una reconversión total de la economía, que tratara de transformar la antigua nación agrícola de las pampas en potencia industrial moderna y asociar más estrechamente las clases trabajadoras a los beneficios de la prosperidad general.

Veinte años después, esas perspectivas se han desvanecido. Las reservas de divisas han desaparecido. Y muy al contrario, la Argentina está debiendo más de 3.000 millones de dólares al extranjero, y la depreciación continúa hasta el punto de llevar el tipo de cambio a 140 pesos por dólar. Una serie de déficits presupuestarios sucesivos ha agotado la tesorería y creando una deuda interior que pesa gravemente sobre la economía. La producción tradicional marca el paso. Las exportaciones se esfuman. Se perfila en el horizonte una crisis social.

¿Cómo explicar que en veinte años la situación haya cambiado hasta tal extremo?

1. EL REGIMEN PERONISTA (1944-1955).

A pesar de las acerbias críticas que se le han hecho y se le siguen haciendo, hay que reconocer que los objetivos que se había asignado el gobierno del general Perón eran justificables en gran parte.

Era tiempo, en efecto, de rejuvenecer las estructuras tradicionales de una nación casi exclusivamente agrícola, dominada por una oligarquía rural absentista y colocada bajo la dependencia económica estrecha del extranjero —sobre todo de Inglaterra que le suministraba tradicionalmente sus artículos manufacturados a cambio de su producción agrícola— y cuyos capitales habían edificado la infraestructura argentina.

Pero los excesos unidos de la demagogia y del nacionalismo, la falta de cuadros competentes y la corrupción del régimen llevaron al agotamiento de las disponibilidades, sin que los objetivos hubieran podido ser alcanzados. Al contrario, el esfuerzo de adaptación de la economía argentina al mundo moderno mató la prosperidad económica del país. La situación económica se deterioró en todos los terrenos.

Efectivamente, un programa industrial poco coherente llevó consigo un comienzo de recesión agrícola. Esta, agravada por el daño de los términos del cambio, ha provocado la inversión de la balanza de pagos, llevando a una serie de déficits que han agotado las reservas de divisas.

a) Un desarrollo industrial incoherente.

Concebida originalmente como un principio de acción, la política de industrialización del general Perón se convirtió rápidamente en sus manos en un medio de combatir a los sectores agrícolas —conservadores y tradicionales— hostiles a su persona, y de favorecer la creación de un proletariado urbano, en el que el peronismo hallaba su mejor aliado.

Fundada en el proteccionismo aduanero y en un amplio sistema de créditos y de ventajas fiscales, esa política permitió, sin duda, llevar el producto bruto de la industria de 13 a 19 miles de millones de pesos (valor en 1950),

mientras que el capital empleado en ese sector pasaba de 22 a 35 mil millones de pesos (valor de 1950). Pero los progresos fueron muy desiguales. Por otra parte, ciertos desarrollos importantes en porcentaje permanecieron insignificantes en valor absoluto. Así fue cómo, si la producción de acero aumentó en 87%, no representaba todavía, en 1955, con 217,000 toneladas, más que la octava parte de las necesidades del país. Cuanto a los recursos de energía, quedaron inexplorados en la práctica. La producción del carbón se duplicó, pero no llegaba sino a 180,000 toneladas, es decir, menos de la décima parte de lo necesario. La producción petrolera aumentó en 25%, pero, con sus 4.8 millones de metros cúbicos, representaba menos de la tercera parte del consumo nacional.

A la inversa, la producción del caucho se multiplicó por 8. La de los derivados del petróleo, se dobló gracias a la instalación de algunas refinerías. Por fin, la de la industria metalúrgica ligera se quintuplicó.

Esta evolución desordenada manifiesta una concentración del esfuerzo en los productos acabados, en detrimento de las industrias básicas. Llegará, es cierto, a suprimir en la práctica las importaciones de bienes de consumo, pero la instalación de industrias nuevas con rendimiento flojo y precios de fabricación elevados, constituidas al amparo de un proteccionismo aduanal severo, no podía menos de tener un efecto desfavorable sobre el costo de la vida. Sin duda la política social del Gobierno permitió cambiar prácticamente la división del Ingreso Nacional. En 1945, éste se repartía a razón de 47% a los asalariados y de 53% al capital. En 1955, esas proporciones se habían convertido respectivamente en 58% y 42%. Pero entre tanto el costo de la vida casi se sextuplicó; el índice general de precios (con base 100 en 1943) pasó de 119.4 en 1945 a 619.3 en 1955.

b) Un comienzo de recesión de la agricultura.

Sin embargo, ese esfuerzo mal equilibrado debía tener otras consecuencias. El desarrollo de la industria, efectivamente, no pudo hacerse sino con daño de la agricultura. El éxodo rural, la reducción de los créditos agrícolas y la política fiscal del gobierno agotaron poco a poco esa fuente clásica de la riqueza argentina. La producción de lana bajó, durante la década, de 209,000 a 180,000 toneladas. La de cereales, que llegaba a 12 millones de toneladas en 1945, se estancó en 13 millones de toneladas en 1955, después de haber bajado hasta 10 millones en 1952. La producción de carne no acusó sino un aumento insignificante de 2.1 a 2.5 millones de toneladas, mientras el ganado dado en aparcería se estancaba o marcaba una tendencia a la regresión. Bovinos: de 41 a 47 millones de cabezas; ovinos: de 51 a 45 millones de cabezas; porcinos: de 3 a 4 millones de cabezas

c) El déficit presupuestario.

En tal atmósfera, la reducción de los ingresos agrícolas, agravada por la huida ante el impuesto, trajo una disminución de los ingresos del Estado. Sin embargo, las inversiones industriales, los gastos sociales de carácter frecuentemente demagógico, la inflación irracional de los cuadros administrativos, vinieron a aumentar constantemente los gastos. El golpe de gracia lo dió la implantación de un programa costoso de nacionalización —ferrocarriles, servicios públicos, etc.— Los gastos del Estado, que no llegaban sino a 3,000 millones de pesos en 1945, se fijaron en 32,000 millones en 1955, y, si se cuentan los presupuestos provinciales y municipales, el total de los gastos públicos de Argentina pasó en el mismo periodo de 4,400 millones a 40,900 millones.

La larga serie de déficits presupuestarios debía tener dos consecuencias. Una inflación galopante, que en diez años elevó la circulación monetaria de 6 a 45,000 millones de pesos; y el aumento de la deuda pública, que en 1955 llegaba a 60,000 millones.

d) La inversión de la balanza de pagos.

El estancamiento de la producción agrícola, agravado por el aumento del consumo interno debido al crecimiento de la población, debía reaccionar sobre las exportaciones argentinas.

Efectivamente, en el decurso de la década la venta de productos agrícolas bajó 11% en volumen y esa reducción no pudo compensarse con un acrecentamiento de las exportaciones de productos industriales, cuyos precios eran harto elevados para mantener la concurrencia en el mercado internacional.

Calculado en dólares corrientes, el total de las exportaciones argentinas sin duda ha registrado un ligero aumento: de 737 millones de dólares en 1945 a 900 millones de dólares en 1955, luego de haber pasado, por otra parte, por un máximo de 1,620 millones en 1948. Pero si se toma en cuenta la depreciación del dólar, la caída es evidente. Expresadas en dólares de 1950, las exportaciones argentinas cayeron de 1,100 millones de dólares a 865 millones.

Mientras tanto, sin embargo, las importaciones señalaban un aumento en masa: 308 millones de dólares en 1945, 1,170 millones de dólares en 1955.

La razón de esta subida vertical se debe, sin duda, al aumento del volumen de las compras argentinas, consecuencia del programa masivo de inversión del gobierno; pero igualmente es consecuencia del alza mucho más rápida de los precios industriales en los mercados mundiales. Los términos del cambio —que siente la rela-

ción entre los precios de las importaciones y de las exportaciones— han bajado efectivamente en 18% durante el período indicado.

Después de los importantes saldos crediticios del período de las hostilidades, la balanza de pagos presenta una serie de saldos deudores sucesivos (308 millones de dólares en 1951, 455 millones en 1952, 223 millones en 1955). Sin embargo, la política nacionalista del general Perón había desalentado a los capitalistas extranjeros. A los aportes constantes de antes, sucede a partir de 1945 un movimiento de fuga, cuyo efecto viene a añadirse al déficit de la balanza comercial. La cartera de inversiones extranjeras, que no era ya en absoluto superior a 2.5 miles de millones de dólares al fin de las hostilidades (en baja sobre los 3.600 millones de dólares de 1931), había caído en 1955 a 1,500 millones. Se debe comprobar, por otra parte, que el reparto de ese capital había cambiado sensiblemente.

El saldo deficitario de la balanza de pagos no pudo por consiguiente ser arreglado sino tomando de las reservas de divisas. Estas se fijaban en 1945 en 1682 millones de dólares netos. En 1955, las reservas disponibles eran todavía de 1,200 millones de dólares, pero como el gobierno había contraído 750 millones de dólares de deudas con el extranjero, las reservas netas no pasaban de 450 millones.

Falto de apoyo, el peso había comenzado un movimiento de depreciación: el tipo de cambio con relación al dólar había bajado a 9 en el mercado libre.

II. LA REVOLUCION LIBERTADORA (1955-1958) Y EL GOBIERNO CONSTITUCIONAL (1958-1962).

La "Revolución libertadora" puso fin, por el momento al menos, a la carrera política del general Perón. Pero los militares, que la habían concebido y llevado a término, sólo estaban unidos por su odio común al régimen anterior. En todos los demás puntos, sus divisiones debían en la práctica llevarlos al inmovilismo. Así, durante sus tres años de gobierno, la Junta se contentó con atender a lo más urgente.

Los gastos públicos y los déficits presupuestarios siguen creciendo. La balanza de cuentas sigue negativa, y, a pesar de los llamamientos desesperados al crédito exterior que llevan la deuda hasta cerca de 1,400 millones de dólares, el gobierno se ve obligado a proceder a tres devaluaciones sucesivas del peso, cuyo tipo se encuentra en definitiva llevado a cerca de 17 pesos por dólar en el mercado oficial y 50 pesos por dólar en el mercado libre.

En estas condiciones, cuando el Dr. Frondizi llega al poder en 1958, el alivio es general. El

nuevo Presidente parece la prenda de una vuelta a la constitucionalidad y por lo tanto a la normalidad.

De hecho, Frondizi, que sólo pudo ser elegido con la neutralidad de los peronistas, encontrará la herencia de todas las contradicciones del pasado. Mejor dicho, su "colusión" con el enemigo de ayer le hace, desde el origen, sospechoso a los elementos militares y a la oligarquía.

Esto no obstante, la "izquierda" —que espera en vano el pago de la "deuda de honor" contraída con ella— le retirará poco a poco su confianza. Puesto entre dos fuegos, el Presidente gastará su crédito político, y sus mismas fuerzas, en vencer las crisis incesantes que amenazarán a su gobierno.

El programa de Frondizi consistía en dos puntos: desarrollo de las riquezas naturales de la nación y continuación del programa de industrialización del gobierno Perón; estabilización interior y exterior de la moneda.

Pero después de una fulgurante partida, que, sobre todo, bajo el impulso del consejero presidencial Rogelio Frigerio, permitió registrar éxitos espectaculares en el terreno de la producción petrolera, su política de industrialización debía deslizarse rápidamente hacia los mismos errores que su predecesor: implantación de industrias ligeras, costosas y plétóricas.

Cuanto a la política monetaria que, durante los tres primeros meses, dará al país la impresión de haber encontrado la estabilidad, su fracaso final será tanto más grave cuanto que entre tanto habrá llevado el país al estancamiento.

a) La política de desarrollo.

El plan del Presidente Frondizi se fundaba sobre la puesta en valor sistemática de los recursos en energía del país.

Para actuar en el terreno petrolero, el Presidente tuvo sin embargo que afrontar la coalición de los elementos nacionalistas, opuestos a todo "abandono" del patrimonio nacional. El sistema de concesiones a las compañías extranjeras estaba excluido desde el principio: por eso el Presidente tuvo que resignarse a concluir, con grupos americanos, luego italianos, contratos de alquiler de servicios, que lo dejaban dueño del producto final.

Pero este sistema, que por otra parte no desarmó a los adversarios del Presidente, ha cargado para varios años la balanza de pagos de la Argentina con el peso de los pagos debidos a las compañías extranjeras. Por eso, aunque la producción petrolera haya subido en 4 años de 5 a 15 millones de metros cúbicos, cifra muy cercana a la del consumo nacional, no es posible contar con una economía correspondiente en la balanza de pagos antes de 1966.

Sin embargo, ante el éxito de su política petrolera, el gobierno abandonaba su plan de desarrollo de los yacimientos carboníferos del

país. El contrato firmado con Sofremines para poner en valor el yacimiento de Río Turbio, cuya producción anual debía ser elevada en cuatro años de 200,000 a 4 millones de toneladas, ha sido prácticamente abandonado antes de que se hubieran alcanzado las 300,000 toneladas.

En materia de energía eléctrica, los progresos han sido insignificantes; el aumento de la potencia instalada sigue siendo inferior al de la población. Por otra parte, el gobierno ha sido llevado a poner el acento no ya sobre el desarrollo de los recursos hidráulicos, sino sobre la utilización del combustible y del gas natural nacionales: así los grandes proyectos de represamiento, como el del Chocón, que trataba más allá de las consideraciones puramente económicas de alcanzar un objetivo geopolítico —la colonización de la Patagonia— parecen aplazados indefinidamente.

Sin embargo, por no haber procedido a tiempo a las inversiones necesarias, la red de carreteras, la ferroviaria y la fluvial, como el material rodante y flotante, se encontraban gastados hasta lo último. Se puede ciertamente incriminar por ello a las nacionalizaciones apresuradas obradas por el gobierno de Perón; pero también a la incuria de los gobiernos siguientes. En 1962, el BID estimaba en 2,885 millones de dólares (de los que 1,350 eran en divisas) la suma total de los gastos necesarios para poner en buen estado ese factor importante de la infraestructura nacional.

b) La política de estabilización monetaria.

El programa de gobierno del Dr. Frondizi preveía en este punto una reforma radical: la abdicación del control de cambios rígido, del régimen peronista con su cortejo de corrupción y de errores, la supresión de los tipos múltiples de cambio, la institución finalmente de un mercado único y libre, donde la moneda nacional, sometida solamente a los efectos de la ley de la oferta y la demanda, encontrara su verdadero curso.

Desde 1957, la Argentina había participado con 12 países europeos en la creación del "Club de París". En esta organización, el bilateralismo estricto de los cambios entre la Argentina y cada uno de los países participantes había cedido su lugar a un sistema de cambios multilaterales. La Argentina podía compensar los saldos deficitarios o excedentes de sus cambios con cada uno de sus participantes. No era todavía la convertibilidad, pero era ya su prefiguración.

En 1959, el gobierno argentino decidió franquear el último paso. La moneda, el peso, se hizo libremente convertible contra el dólar. Habría un solo mercado de cambios, sobre el cual importadores y capitalistas fueron autorizados a actuar libremente.

La vuelta a un tipo de cambio único sigue empero siendo todavía un objetivo más que una realidad. En efecto, la institución del sistema complejo de sobretasas a la importación y de retenciones a la exportación llegó a constituir toda una gama de tipos diferenciales.

Para defender al peso en el mercado de cambios era necesario disponer de créditos importantes. De la misma manera que en 1957, la creación del Club de París estaba apoyada por la consolidación de las deudas comerciales con Europa, la institución de un mercado libre se funda en 1958 sobre la concesión por el gobierno de los Estados Unidos y las organizaciones internacionales de créditos globales de 318 millones de dólares.

El nuevo sistema se puso en vigor el 12 de enero de 1959 y el tipo de cambio del peso se estableció a 83 unidades por dólar.

Pero la situación de la moneda sigue siendo extremadamente frágil.

Por una parte, la balanza comercial sigue en déficit: 237 millones en 1958, 170 millones en 1960, 500 millones en 1961. Mientras las exportaciones quedan siempre en 1,000 millones de dólares por año, a pesar de un aumento débil pero constante en volumen, las importaciones se mantienen a un nivel elevado, de 1,200 millones como promedio.

Por otra parte si durante los primeros años una atmósfera de euforia parece incitar a los capitalistas extranjeros a volver a invertir en Argentina, el movimiento poco dura. La confianza en la moneda no es cosa de los nacionalistas argentinos. Para éstos, la libertad del mercado no es más que un aliento a cubrirse en dólares. Sus traslados de beneficios y de dividendos, y pronto aun de capitales mismos, toman el aspecto de una fuga ante la moneda. La balanza de los movimientos de capitales se hace a su vez deficitaria.

Para alimentar el mercado el gobierno no tiene otros recursos que ceder dólares. Los toma primero de sus reservas. Agotadas éstas, se ve obligado a solicitar nuevos créditos de estabilización: 75 millones en 1959, 293 millones en 1960, 60 millones en 1961, 180 millones en 1962.

Pero esta situación no puede durar indefinidamente. Todo el mundo sabe que el tipo de 83 pesos por dólar no responde al valor real de la moneda y que a ese precio el dólar es la mercancía menos cara de Argentina. Todo el mundo se aprovecha de ello, los importadores para levantar depósitos de mercancías y de materias primas, los capitalistas para constituirse reservas en dólares, los obreros y funcionarios para poner sus ahorros al abrigo de una revaluación que los acontecimientos hacen inevitable.

Sin embargo, nadie se resuelve a devaluar antes de las elecciones. Al día siguiente a ellas el Banco Central decide detener sus ventas de

divisas en el mercado de cambios y el peso acusa inmediatamente una baja que lo llevará, en pocas semanas, a cerca de 140 pesos por dólar.

c) La situación interior.

Por falta de una política rigurosa de saneamiento financiero, los gastos públicos no cesan de crecer: 83 mil millones en 1959, 125 mil en 1960, 160 mil en 1961.

La llegada al poder del Sr. Alsogaray no cambia el estado de cosas. Impuesto por los militares sobre un programa de reacción social y económica, el ministro decepcionará a todos sus partidarios.

En el plano presupuestal, ninguna de las reformas anunciadas a bombo y platillo producirá sus frutos. Compresiones de gastos, aumento de impuestos, permanecen letra muerta. Continúan los déficits del presupuesto.

En el plano social, el ministro se verá obligado, bajo la presión de los sindicatos, a conceder —señaladamente a los obreros de los servicios públicos de electricidad— —los aumentos de salarios que él mismo prohíbe al sector privado.

De hecho, el gobierno Alsogaray no señalará puntos sino en su lucha por limitar la expansión monetaria y restringir el crédito interior. En ese terreno, por otra parte, el ministro parece obrar tanto bajo la presión del Fondo Monetario Internacional cuanto por convicción propia. No se podría ciertamente reprochar al FMI el seguir una política de estricta ortodoxia en materia financiera y haber hecho un evangelio de la lucha contra la inflación. Pero puede preguntarse si, en un país en vías de desarrollo, el rigor de las exigencias del Fondo ha sido siempre oportuno. En el momento en que el Brasil da al mundo el ejemplo de un crecimiento en la inflación ¿era indispensable imponer a Argentina el estancamiento en la ortodoxia?

La lucha contra la inflación era tanto menos justificada cuanto que era sin esperanza, ya que no se ponía remedio alguno a las causas del mal, es decir, al déficit presupuestal. Diferir el pago de ciertas facturas, aplazar el pago de los sueldos de los funcionarios, obligar a otros acreedores del Estado a aceptar títulos de préstamos forzoso, es tratar los síntomas sin curar la enfermedad. Los éxitos irrisorios de esa política no se han hecho esperar. Si de 1959 a 1962 la circulación monetaria no ha aumentado sino en un 100%, el índice oficial del costo de la vida, por su parte, marcó un alza de 450%.

Por lo demás, ante la falta de liquidez que resultaba de la compresión de los créditos, empresas y particulares han sido reducidos por ello a crear una circulación paralela (cheques cien veces endosados, siempre renovados, letras nunca protestadas). Al fin del período, el

monto de esos instrumentos en circulación se evaluaba entre 40 y 50 mil millones de pesos, es decir, cerca de la tercera parte de la circulación oficial.

En estas condiciones el estancamiento que marcaba el programa de desarrollo del gobierno alcanzó al sector privado. Comenzando por los textiles, la siderurgia y la mecánica, el movimiento se propagó poco a poco a toda la industria. En 1962, cerca del 20% de los obreros estaba directa o indirectamente tocado por el desempleo.

Solamente en esta atmósfera el sector de la construcción automovil ha mostrado algunas señales de bienestar. Habiendo autorizado el gobierno importantes concesiones fiscales con miras a favorecer las inversiones en esta rama, más de 20 firmas de construcción y ensamblaje se instalaron de 1959 a 1962. En muchos casos, por otra parte, las firmas interesadas estaban menos ansiosas por instalar verdaderas fábricas de construcción y montaje, que de beneficiarse durante algunos meses de las condiciones excepcionales dadas para la introducción de un primer lote de vehículos, casi enteramente montados en el extranjero. El desorden que reina en esta rama deberá ser corregido en breve plazo.

III.—EL GOBIERNO GUIDO.

La deposición de Frondizi, al día siguiente de las elecciones de 1962, dió un nuevo golpe a la economía argentina. Consecuencia de la violenta reacción de los militares ante la victoria de los partidos de izquierda reunidos bajo la etiqueta peronista, mostró en algunos meses que los autores del golpe no estaban de hecho de acuerdo en ningún problema, que no eran capaces de instalar una fórmula gubernamental duradera y, más claramente todavía, que el tiempo de las dictaduras de derecha había ya pasado. Es efectivamente una reunión de militares del centro llamados "legalistas" la que acabó por imponer, si no una política, porque ésta no existe, al menos la voluntad de volver cuanto antes al marco constitucional tradicional.

En este ambiente las formaciones gubernamentales que se han sucedido no pueden considerarse sino como gobiernos de transición.

El segundo ministerio Alsogaray no evade esta calificación. Los resultados, más que discutibles, de esta segunda gestión parecen por otro lado haber puesto temporalmente un freno a las ambiciones de Alsogaray. Ella ha bastado, efectivamente, para que el déficit del presupuesto llegue a la cifra marca de 50,000 millones de pesos.

El llamamiento del ministro al crédito interior (préstamo del 9 de julio) ha sido un fracaso. Todavía más señalado ha sido el fracaso de su reforma fiscal, cuyos elementos todos,

Sobre la Experiencia Religiosa en los Ateos

Dr. Jesús Arroyo Lasa, S. J.

La revista se honra publicando un interesante estudio del Dr. Arroyo sobre la experiencia religiosa en los ateos. El P. Arroyo es Doctor en Psicología por la Universidad de Innsbruck (Austria) y miembro del "Instituto de Psicología Profunda de Austria" con sede en Viena.

Actualmente el Dr. Arroyo prepara la instalación de un Instituto de Psicología que quedará adscrito a la Universidad de Panamá, como representante y en nombre del "Instituto de Psicología Profunda" de Austria.

QUE ENTENDEMOS POR EXPERIENCIA RELIGIOSA.

Comencemos por hallar el significado de la palabra experiencia, y de esta forma lograremos descifrar la expresión "experiencia religiosa".

En sentido amplio, experiencia es —por lo menos— una forma de conocimiento preconsciente con participación de la vitalidad. El conocimiento que acompaña la experiencia, puede engendrar aumento de consciencia objetiva, pero, nos parece, que esta consecuencia no siempre se da. En cambio, lo que sí es propio de toda experiencia, es la "vitalidad" con la cual el hombre transforma el mero conocimiento en experiencia. El que el conocimiento consciente objetivo no acompañe siempre a la experiencia, obedece a la posición que tome la inteligencia respecto a la sana interpretación de lo experimentado. Con otras palabras, se puede experimentar un objeto, y, sin embargo, la inteligencia no lograr mayor conocimiento de ese objeto experimentado, sencillamente porque no ha si-

do interpretado conforme a su peculiaridad específica. En este supuesto, el hombre no adquiere mayor consciencia —conocimiento formal— respecto de dicho objeto. La falsa interpretación, por ejemplo, a causa de la mala consciencia, en sentido carusiano, bien puede privar al experimentador de un más preciso conocimiento de lo experimentado.

La primera consecuencia es, pues, que conocimiento —objetivo— y consciencia —del objeto— no siempre se dan en la experiencia. En cambio, es inseparable de ésta la participación de lo vital. La vitalidad es el aumento, peculiar, de la vida funcional del espíritu. No que toda experiencia se de "en" el espíritu, pero sí que, en último término, esa experiencia, aún siendo en sí misma somática —una digestión, por ejemplo—, se haga, por la conexión con aquél, "espiritual". La vida está en el espíritu, aunque se proyecte vitalmente en el "soma". Sin este aumento vital, no puede hablarse de experiencia. Consiste, dicho de otra manera, en la somaticidad del espíritu. Este no se percibe, en último caso, sino a través de la actividad del

SITUACION DE LA ECONOMIA.....

después de muchos descuentos (impuesto sobre el capital, tasa a la no producción, moratoria fiscal) tienen que ser abandonados uno tras otro.

Si la balanza comercial ha señalado, bajo su reino, una neta mejora con respecto al año 1962, el resultado se debe más al efecto de la devaluación de 1962 sobre las importaciones, que a la acción del gobierno. Para prevenirse los importadores habían formado depósitos suficientes sobre la base del dólar a 83. La devaluación les ha llevado a detener sus compras.

Cuanto a las exportaciones, que no son en nada sensibles a las variaciones de precio del

dólar sino que dependen exclusivamente de la producción, mejores condiciones atmosféricas, etc., han permitido hacer casi el pleno de las posibilidades.

A la inversa, el desequilibrio de la balanza de cuentas se ha mantenido como en el pasado, de tal suerte que las reservas en divisas argentinas habían bajado, a fines de 1962, a 115 millones de dólares, mientras la deuda alcanzaba la suma marca de 3,700 millones de dólares. Las negociaciones llevadas por Alsogaray para hacer frente a los vencimientos de la deuda, no han llevado más que a un doble de la mitad de los vencimientos comerciales a término medio con respecto a Europa y los Estados Unidos para los años 1963 y 1964, es decir, una suma de 340 millones de dólares.